



Retrato expresionista de Aldous Huxley, realizado por Feliks Topolski en 1962. (Imagen: Feliks Topolski/ Hulton Archive/Getty Images)

# Lejos de un mundo feliz

Francisco Mercado Noyola



*Las instituciones democráticas sólo pueden funcionar donde los individuos han sido condicionados para mostrar espíritu cívico y sentido de responsabilidad.*

ALDOUS HUXLEY, *Más allá del Golfo de México*

ACASO COMO UN VISIONARIO de la “democracia” mexicana en los albores del siglo XXI, y como anatema en contra de nuestra capacidad como pueblo para regir nuestro destino, Aldous Huxley escribió la proposición consignada en el epígrafe, y consideró —quizá con ligereza— que nuestro espíritu cívico se reducía a un criminal ascendido a autoridad, con su verborrea demagógica, desplegada desde un bello kiosco morisco en el centro de una plaza tan raquítica como su cohesión social y su madurez política. ¿Qué había motivado las impresiones cáusticas de este autor inglés? Es notoria y conocida la fascinación anglosajona por la cultura mexicana, desde el *shock* traumático de la Conquista hasta nuestra siempre insatisfecha sed de modernidad. Durante la primera mitad del siglo XX, algunos autores canónicos de las letras británicas tuvieron acercamientos vitales y estéticos significativos a nuestra cultura. Ejemplos de ello son D. H. Lawrence con su novela *La serpiente emplumada*, Graham Greene con *El poder y la gloria* y Malcolm Lowry con *Bajo el volcán*. Aldous Huxley, por su parte, realizó un viaje por Centroamérica y México en 1933 que dio como fruto el libro de viajes *Más allá del Golfo de México*. Novelista, ensayista, autor de la célebre novela distópica *Un mundo feliz* y descendiente de científicos de renombre, inscribió aquí a vuelapluma sus impresiones someras sobre los antiguos territorios coloniales que visitó. Otro de sus libros, *La cuestión humana*, un texto a la medida de su autosuficiencia cognoscitiva, se formó a partir de una serie de conferencias dictadas en UCLA en 1959. En éste se halla patente una obsesión global de su obra por conjuntar el mundo de las abstracciones con el de las sensaciones, así como los frutos del empirismo con los de la espiritualidad, fusión que acaso creyó concretada en el cultivo de la ciencia ficción. He aquí que —esta suerte de poética en Huxley más su capital intelectual, más su breve periplo— dieron como resultado un libro de apuntes subjetivos más que un estudio serio y docto. Hernán Lara Zavala, en su “Antiprólogo” a la más reciente edición del Fondo de Cultura Económica, percibe en *Más allá...* una actitud condescendiente y despectiva ante una cultura que el inglés considera inferior, la evidencia de un conocimiento superficial de la mitología y cosmogonía mayas, la formulación de hipótesis arbitrarias y seudocientíficas, una manifiesta incompreensión del barroco novohispano y del muralismo —aunque reconoce la suntuosidad de Santa Prisca y el genio de Orozco—, así como un claro menosprecio por la artesanía popular, a la que asigna valor psicológico y social,

negándole el estético. Entre otros pecados que Lara condena en el texto están la concepción de nuestro país como “Edén subvertido”, una visión pesimista del mestizaje, y la semejanza de los sacrificios humanos en festividades como la quema de Judas y la tauromaquia.

Quizá el crítico anglófilo goce de razón en muchos de sus asertos; no obstante, aunque atribuye la liviandad de *Más allá...* al cientificismo heredado por Huxley y a su breve estancia en la América hispana, tal vez también soslaye numerosas observaciones valiosas de éste sobre lo que le fue dado observar en su periplo. Es así que el narrador de Surrey expresa su asombro ante la arquitectura monumental y la administración de los enormes señoríos precolombinos, que carecieron de bestias de tiro y carga, así como de monturas. Vislumbra la Conquista de Tenochtitlan y la expedición a las Hibueras de Cortés en 1525 como hazañas históricas —debido a las grandes distancias y a lo escarpado de la geografía— vencida ésta por la misma fuerza dinámica del espíritu español que percibe en un taxidermista y talabartero ibérico que conoce en Atitlán. Es también sensible ante la “magnífica y digna altivez que es característica de los indios”, en contraste con el sentimiento de inferioridad evidente en los mestizos, que se manifiesta en arrogancia belicosa y desprecio por lo indígena. Aunque cree ver en la mirada del habitante originario un brillo vacío o melancólico, considera a la raza de bronce impasible en su proverbial honestidad, en su placer irrenunciable por la vanidad satisfecha —como la de sus derroches en las festividades religiosas—, lo que llama “esa última debilidad de una noble mente”. Desarrolla con firme coherencia su teoría sobre la imposibilidad del nacionalismo en los súbditos virreinales, quienes admitían su sumisión al rey y a la

Iglesia y gozaban de suficientes válvulas de escape social ante ésta. El derecho divino del soberano constituía la piedra angular del dominio español, instituyendo una cultura paternalista en los sojuzgados que derivó en su sistemática desobediencia privada y clandestina. Ésta posee un funcionamiento orgánico en los sistemas autoritarios de gobierno, pero en las nacientes repúblicas del siglo XIX representó el desastre; millones de voluntades violando la ley de manera subrepticia resquebrajaron con mayor eficacia al incipiente y débil Estado que la desobediencia cívica. Aun con los esfuerzos liberales por secularizar el espacio ritual y festivo, el santoral cívico jamás pudo remplazar la eficacia psicológica del religioso. Ahí registra Huxley el fracaso del Estado laico y republicano. En ausencia de una mitología unificadora, los titubeos del individuo entre el bien común y la comodidad egoísta dieron a esta última la victoria. Lo carnavalesco en los ritos, la superstición y el sincretismo —única práctica concreta para conciliar la ruptura de la liturgia católica con el origen politeísta— eran, sin duda, paradigmas culturales más eficientes que un panteón heroico fundacional, ilegible para las masas.

Ya en nuestro territorio, Huxley entra directamente en materia. Escribe sobre la decadencia del puerto porfiriano de Salina Cruz y del alguna vez floreciente negocio del ferrocarril transoceánico que corría a través del Istmo de Tehuantepec, rebasado por el auge mercantil del Canal de Panamá. Atribuye el desastre de la agricultura en México al minifundio improductivo, a la sobreexplotación de los suelos y al incendio de los bosques, el cual vincula con la pasión de los mexicanos por la fiesta cromática de los fuegos de artificio. El pensamiento ecológico que elabora más tarde en *La cuestión humana* contempla la dimensión metafísica,

ética y estética del hombre en relación con la naturaleza. Génesis de ello, ya en 1933 también equiparaba las fincas cafetaleras oaxaqueñas al paraíso perdido de Milton, aquí a manos de la corrupción y la violencia. En Miahuatlán advierte que es preferible la civilización aberrante de una ciudad victoriana industrializada —con todo el horror de sus contrastes sociales— a la barbarie de la supervivencia elemental en una aldea mexicana, donde el hambre y la indigencia no dejan lugar a las tareas del intelecto y el decoro espiritual. En este sentido, observa que Marx buscaba la reivindicación humana en la Revolución del futuro, otros pensadores en la idealización del pasado primitivo. Más adelante en su ruta, conoce la desesperanza en el paisaje árido de México —el cual ofrece la impresión de “no-estar-allí”— en desoladores autobuses foráneos del trópico, que traen a la memoria las piernas de Lilia Prado, lúbricas en la feracidad de *Subida al cielo*.

Huxley considera a Oaxaca una ciudad majestuosa, bella y alegre que —a pesar de sus históricos asedios— conserva su Santo Domingo extravagante y magnífica, sus bellos rostros indígenas fundiéndose en la noche y la turgente morbidez de caderas y nalgas femeninas en el vaivén de su zócalo. Percibe la magnificencia de Monte Albán y su disposición arquitectónica, que obedece a la comunión con las deidades, no apta para la habitación pedestre de lo cotidiano. En Puebla reconoce un estilo arquitectónico propio, “algo extravagante y fantástico”, en que admira las fachadas de ladrillo y Talavera. Analiza el carácter de los mexicanos en sus espacios públicos y festivos, ya desde el siglo XIX reconocido como taciturno por muchos extranjeros. En Cholula exalta las cúpulas católicas que se yerguen sobre los cúes prehispánicos, y Santa María Tonantzintla constituye para el británico “la más extraña iglesia de la cristiandad”, con un tema ejecutado con la mayor libertad y fuerza expresiva de

todas las que visitó en este viaje. Desde el hito de la persecución callista los indígenas eran dueños aquí de sus ritos, apartados de la ortodoxia católica. En la ciudad de México sufre un conflicto interior ante el placer sensual de los mexicas por la sangre, la muerte y la violencia, aún presente en la urbe, como falacia patética. Los deplorables signos de pobreza y deformidad ostensibles en la urbe tenochca sirven a Huxley como argumentos contra el poscolonialismo. Experimenta un afrancesamiento tardío, anacrónico e impráctico en la alta cultura mexicana, así como cree absurdos y estériles los esfuerzos vasconcelistas por la elevación cultural del pueblo. Taxco es para el autor inglés un antiguo Tepoztlán, pleno de charlatanes y artistas de la disipación fantoche.

D. H. Lawrence en *La serpiente emplumada* transfigura la sordidez del estadio salvaje del hombre, en la violencia del México posrevolucionario, y en el origen sanguinario del pasado prehispánico. Aldous Huxley admira y teme profundamente los postulados estéticos de Lawrence, ante los que se ve irremediamente seducido, mas obligado a su rechazo por principio, por flema británica. Resuelve su fascinación y animadversión por su coterráneo en un juicio sumario, en el que niega credibilidad a su tesis en favor de la consunción de la sensibilidad refinada, en aras de la corporeidad de las pulsiones primigenias. Coincido con Lara Zavala sólo en esto: los mexicanos tendemos a rasgarnos las vestiduras ante las críticas acerbas del exterior. Sin embargo, ¿por qué la “indignación virtuosa” ante una crítica tan acertada, aún para un espectador ocasional y de breve paso? El propio Aldous Huxley respondería, con sus prolegómenos a *La cuestión humana*, que es privilegio de la modernidad el postulado científico —la hipótesis— vencedora contundente del dogma incuestionable. ■